

NEW LEFT REVIEW 90

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

ARTÍCULOS

SUSAN WATKINS La triple torsión de Europa 7

ENTREVISTA

BHASKAR SUNKARA Proyecto *Jacobin* 30

ARTÍCULOS

DANIEL FINN Repensar la República de Irlanda 47
FRANCESCO FIORENTINO La ambición 81
ENRICA VILLARI El deber 92
GOPAL BALAKRISHNAN Marx, el abolicionista I 102

CRÍTICA

VIVEK CHIBBER India irredenta 144
MICHAEL DENNING Diseño y descontento 152
BLAIR OGDEN Walter Benjamin 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Jean Drèze & Amartya Sen, *An Uncertain Glory: India and Its Contradictions*, Londres, Allen Lane, 2013, 448 pp. [*Una gloria incierta, India y sus contradicciones*, Barcelona, Taurus, 2014, 464 pp.]

VIVEK CHIBBER

ASISTENCIA A LOS DÉBILES: UN ANÁLISIS SOMBRÍO

En comparación con los tristes logros de la dominación británica, la economía política de la India independiente ha supuesto una mejora. El último medio siglo de colonialismo generó una economía de crecimiento cercano a cero, niveles abismales de pobreza, una agricultura atrasada y estancada y una estructura industrial altamente desigual. Una vez que se hubieron marchado los británicos, las tasas de crecimiento rondaron el 3,5 por 100 anual durante las tres décadas siguientes, llegando a alcanzar en torno al 5 por 100 en las décadas de 1980 y 1990, para aproximarse al 7-8 por 100 a partir de 2000. La alfabetización se cuadruplicó con creces entre 1950 y 2010; y la esperanza de vida se duplicó, de alrededor de 32 años en 1947, a 65. Visto al lado del rendimiento del Raj, no es este un balance insignificante. Pero si tenemos en cuenta que la población se ha casi cuadruplicado, y si cambiamos el marco de referencia, las tasas de crecimiento se vuelven mucho menos espectaculares: resultan decepcionantes si las comparamos con las de Corea del Sur o Japón, o incluso con algunos de los países latinoamericanos que más crecen, como Brasil y México; y suponen un incómodo contraste con China en el último cuarto de siglo. Lo mismo sucede cuando consideramos los resultados en el campo de la alfabetización y la salud, el ingreso per cápita, los índices de pobreza o casi cualquier parámetro de distribución de la renta y de la riqueza. La democracia india sigue siendo institucionalmente estable, lo cual supone un logro significativo. Pero el logro queda desfigurado por las disparidades extraordinarias en términos

de influencia política y de acceso a la política misma, el pésimo estado de los tribunales, los crudos despliegues de prejuicios de casta en el sistema judicial y el aumento de la criminalidad de la clase política.

No debe sorprendernos, por lo tanto, el tono comedido y sobrio que impregna el último libro de Jean Drèze y Amartya Sen. Se trata de su tercer estudio de la economía política de India, que se suma a sus colaboraciones en otros ámbitos. Sen es uno de esos raros casos de economista que ha cosechado ulterior fama como filósofo social. Drèze, de origen belga pero formado en la Delhi School of Economics y ciudadano indio naturalizado, se ha ganado un enorme respeto como intelectual público y activista en su país de adopción. Ambos autores están equipados con un profundo conocimiento de su objeto de estudio, en tanto que académicos y también como profesionales. Su nuevo libro tiene la clara intención de poner en jaque las celebraciones neoliberales de los logros de India en los últimos años: en el ámbito público, «es notorio que las cuestiones que afectan la vida e incluso la supervivencia de los que han sido ampliamente dejados atrás tienden a recibir muy poca atención». De hecho, en pocos países el sesgo de clase de los medios de comunicación (esto es especialmente cierto en los de habla inglesa) se ha vuelto tan dramático como en India: llenos de adulación por los millonarios nacionales y los modelos económicos estadounidenses, de desprecio por cualquier cuestionamiento del fundamentalismo de mercado y de rechazo de hasta las formas más suaves de la política de izquierda.

Contra todo esto, Drèze y Sen lanzan una acusación tranquila pero devastadora de la economía política contemporánea de India, aplicando a su desarrollo el «enfoque de capacidades» de Sen. Se trata de un enfoque que mide el crecimiento no solo por los índices macroeconómicos, como son el producto interior bruto, la tasa de inversión o el volumen de comercio, sino también por el grado en que estos parámetros aumentan las capacidades individuales de la vida humana, que dependerá esencialmente de dos factores: en primer lugar, de las consecuencias distributivas del propio modelo económico imperante, es decir, de si aumenta o no la capacidad de los pobres o los discapacitados para vivir una vida dotada de sentido mediante la canalización de los ingresos hacia ellos; y en segundo lugar, de la medida en que el modelo sea bueno para el crecimiento, pero no para su distribución, en función de si existen o no instituciones que compensen sus fracasos distributivos. La preocupación por la distribución y la redistribución del ingreso, que es inherente al enfoque de capacidades, lo hace más receptivo hacia agendas políticas igualitarias de cuanto la doctrina económica convencional tiende a ser.

Los defensores del giro neoliberal en India han señalado la reciente caída de los indicadores de pobreza como prueba de su éxito, incluso con respecto a la distribución. Desde el principio, Drèze y Sen apuntan a la debilidad tanto conceptual como empírica de este argumento. Empíricamente, las alegaciones

de reducción de la pobreza son difíciles de conciliar con los datos sobre el gasto per cápita, que ha sido muy bajo (un exiguo 1 por 100 anual en las zonas rurales y alrededor del 2 por 100 en las ciudades entre 1993 y 2010); mientras, en las últimas dos décadas los salarios reales han aumentado muy lentamente, o nada en absoluto, tanto en el empleo rural como en el urbano. Medidos como porcentaje del valor añadido, los salarios en la industria manufacturera han disminuido en realidad desde 1992. Pero aun aceptando afirmaciones empíricas cuestionables sobre reducción de la pobreza, la crítica conceptual sigue siendo obvia. La Comisión de Planificación de India [*Indian Planning Commission*] ha declarado que la famosa ruptura de la línea de pobreza es de 32 rupias por persona y día en las ciudades y de 26 rupias en las zonas rurales (a precios de 2011), cantidades que estima suficientes para proporcionar adecuada «alimentación, educación y salud». Drèze y Sen observan con razón que esta noción es ridícula. Los presupuestos familiares que generan 32 rupias per cápita (alrededor de cincuenta centavos de dólar) en las zonas urbanas no cubren siquiera las necesidades más básicas. Así que, teniendo en cuenta la debilidad de los criterios con los que se mide, la pregonada caída de la pobreza es muy poco sustancial. En efecto, si hemos de creer la historia oficial, y es verdad que pequeños aumentos salariales han generado una notable mejora en los índices de pobreza, ello solo puede significar que hay una enorme masa de población en torno a la línea de pobreza extrema, de manera que pequeñas mejoras en los ingresos pueden mostrarse como una «disminución de la pobreza». Pero esta supuesta disminución no equivale a algo parecido a una vida digna para los que se han movido por encima del índice de referencia oficial.

Pero si dudosa es cualquier reducción importante de la pobreza, aún peor es el comportamiento en educación, salud y servicios sociales generales. Bajo cualquier parámetro, India es un caso atípico en estas materias, en el sentido de que gasta menos que países con niveles de desarrollo comparables; y los servicios que están disponibles para los pobres son de una calidad tan deplorable que a menudo aportan poco en términos de alivio sustantivo. Para entender este punto, Drèze y Sen ofrecen una comparativa entre dos niveles de desempeño de India en materia de prestaciones sociales. Es bien sabido que, en comparación con otros dos grandes países en vías de desarrollo, Brasil y China, India sale mal parada. El Gobierno del PT ha logrado avances notables en educación, salud y reducción de la pobreza, es decir, precisamente en aquellos ámbitos en los que India sigue a la deriva, y lo ha hecho en un contexto de corrupción y de enormes desigualdades, factores que a menudo se alegan para disculpar la incapacidad de India para avanzar. Pero Drèze y Sen muestran que el fracaso de India no solo es patente en contraste con ejemplos como estos, sino que (lo que resulta más sorprendente) también queda de manifiesto incluso dentro de Asia meridional, si

se compara con el desempeño de Bangladés o Sri Lanka. Bangladés, que tiene un ingreso per cápita de poco más de la mitad que India, tiene mejores cifras en mortalidad infantil, escolaridad, vacunación, acceso a servicios de saneamiento y algunas áreas más. De hecho, desde 1990 India ha *descendido* en el ránking regional sobre la base de los indicadores sociales.

Este sombrío análisis del desarrollo de India plantea naturalmente la siguiente pregunta: ¿cómo se explica la dualidad de, por un lado, unos índices de crecimiento considerables y, por el otro, unos resultados tan desiguales en términos de bienestar? Para Drèze y Sen, la causa parece ser la corrupción dentro del Estado y la falta de rendición de cuentas entre los responsables públicos. Servicios cruciales para cualquier mejora de los indicadores sociales, como son la salud, la educación o la ayuda alimentaria corren a cargo de organismos estatales o paraestatales, que para poder prestarlos adecuadamente deberían cumplir unas normas mínimas de eficiencia burocrática, al tiempo que los funcionarios deberían mostrarse responsables, de manera abierta y transparente, en el manejo de los recursos. Está claro que el Estado indio no cumple estos mínimos. Los funcionarios desvían fondos, a veces hacia sus propios bolsillos y otras hacia los de patrones poderosos; transfieren activos públicos a intereses privados; pervierten las disposiciones gubernativas, transformándolas en favores o pagos a terceros. El resultado es que las agencias que supuestamente deberían compensar las fallas del mercado terminan por reforzarlas. Para revertir esta situación, Drèze y Sen abogan por una mayor participación de los ciudadanos de a pie, tanto en la maquinaria de la distribución como en la elaboración de políticas en la cúspide del Estado, así como por un ámbito más amplio de «deliberación pública».

India, por supuesto, estaría mejor con unas instituciones públicas más limpias y con un debate político más abierto e inclusivo. Pero ¿hasta qué punto subrayar primordialmente estos aspectos sirve al objetivo al que Drèze y Sen se han comprometido, a saber, una mejora significativa de los resultados distributivos en India? Consideremos, por ejemplo, el tema de la corrupción. Evidentemente, si los funcionarios –tanto los cargos electos como los designados– meten la mano en los fondos destinados a los pobres, manipulan los precios arbitrariamente y exigen pagos ilícitos como condición previa para el servicio, socavarán con sus conductas las políticas de redistribución. Sin embargo, la neutralización efectiva de la desigualdad no depende solo de la cultura interna del Estado o de la integridad de sus funcionarios. Incluso si todas las deficiencias en estos últimos ámbitos pudieran resolverse como por arte de magia, quedaría pendiente la cuestión primordial de la cantidad de fondos disponible para la redistribución. El problema en India no solo ha sido la desaparición de dinero en manos privadas, sino también –como los mismos Drèze y Sen se encargan de señalar– el hecho de que los importes asignados a la salud, la educación y otros servicios

han estado entre los más bajos de los países con niveles comparables de desarrollo. Para hacer que el Estado sea más relevante a la hora de mejorar las oportunidades vitales de sus ciudadanos, se necesita una reorientación masiva de prioridades. Esta no es una cuestión que pueda abordarse solo mediante la reforma institucional; se requiere un cambio en la cultura política y en el equilibrio de poder en la sociedad.

El problema con el diagnóstico de Drèze y Sen no consiste tan solo en que su atención prioritaria a la reforma institucional sea un planteamiento demasiado estrecho. También tiene que ver con el hecho de que la calidad de las instituciones del Estado no puede analizarse aisladamente, al margen del contexto político y económico en el que funcionan. Los autores son, por supuesto, conscientes de esto, y observan una y otra vez que la desviación de las agencias gubernamentales respecto de las tareas asignadas no es aleatoria, sino que las reglas se quebrantan, los precios se manipulan y los favores se dispensan en una dirección específica, esto es: en beneficio de los ricos y en detrimento de los pobres. En la práctica, entonces, con demasiada frecuencia las instituciones del Estado consolidan las desigualdades de fondo en lugar de revertirlas. Este es un hecho de enorme importancia analítica. Y aunque queda registrado, no adquiere el peso necesario en su análisis del desarrollo de India.

Lo limitado de su óptica se puede apreciar en los remedios que proponen para enfrentar la corrupción, problema que ha sido durante mucho tiempo característico de la escena política india y que ha adquirido nueva relevancia con el surgimiento del Partido Aam Aadmi en 2012. Drèze y Sen claman por una mayor transparencia, por la persuasión moral y por una más enérgica persecución de los culpables. Pero está claro, a partir de su propia descripción, que en India la corrupción es a menudo una expresión del poder de clase, y la forma que toma no es solo el hurto de dinero: se extiende a través de la apropiación de tierras en las zonas forestales, la usurpación de los fondos públicos por parte de las elites locales, la colusión entre funcionarios y empresarios en las zonas mineras o el mismo uso del Estado por los políticos para adquirir recursos para sí mismos. En cualquier definición que se emplee del término, se trata en todos los casos de formas de corrupción. Pero es difícil ver cómo se les puede poner freno a través de reclamos de mayor transparencia o de rectitud moral. Por supuesto, una mayor apertura en los asuntos públicos tendrá algún efecto, como muestra la popular Freedom of Information Act [Ley de la Libertad de Información] de 2002, que salió adelante gracias a la presión de un movimiento social muy activo. Pero muchos de los peores ejemplos de corrupción no son ilícitos ni se producen bajo la mesa. Suceden a la vista del público, ya que quienes se benefician de ellos poseen el poder político y económico para actuar con impunidad. En India los abusos más flagrantes de poder y los mayores robos de los recursos

públicos a menudo no se ocultan, sino que son secretos a voces, porque la estructura del sistema político convierte la cultura del nepotismo y de la criminalidad descarada en política pública: las elecciones son en su mayor parte financiadas con fondos privados, todos los partidos políticos dependen para sus campañas de patronos y de donantes ricos, que conceden recursos a cambio de favores futuros. Existe una escasa posibilidad de que las instituciones del Estado puedan reformarse, siempre que este nexo más amplio entre políticos y elites económicas se mantenga intacto.

Si las medidas adoptadas para mejorar la cultura burocrática o para alentar una mayor probidad son siempre propensas a ser socavadas por contramedidas puestas en marcha por las elites para proteger su control de las palancas de la política, ¿qué podría hacer que los funcionarios fueran más responsables? La respuesta es clara: solo un cambio previo en las relaciones de poder sobre el terreno, es decir, una mayor capacidad de los ciudadanos comunes de ejercer un poder real sobre el Estado, para hacer de contrapeso frente al poder que fluye del dinero o de los cargos públicos. Esta es la lección que se desprende de lo poco que se ha logrado a través de la reforma administrativa en India y en otras partes del mundo. Pero no es una lección que combine fácilmente con las insulsas llamadas a la «descentralización», que a menudo solo significa el traspaso de competencias del ámbito nacional a las elites locales. De ahí se deduce, antes bien, que lo necesario es una redistribución del poder de los ricos a los pobres. Las demandas de mayor rendición de cuentas de las instituciones públicas son simplistas, a menos que vayan acompañadas de apoyo a la fuerza organizativa de los trabajadores. Pero el actual modelo de desarrollo en India va en contra de todo esto. El mantra en la era de la liberalización ha sido la necesidad de flexibilizar el mercado de trabajo (nombre en clave para el despotismo empresarial en la gestión y los ataques a los sindicatos, tanto legislativamente como en los lugares de trabajo). Así, también en los últimos años el Estado indio ha abierto un frente contra las ONG, que serían culpables de «actividades políticas» (entendiendo por ello cualquier tipo de movilización social). Si el éxito de tales presiones sigue siendo incierto, su intención no lo es, lo que ofrece escaso consuelo al argumento de *An Uncertain Glory*.

El título del libro alude precisamente a una de sus debilidades. Tomado de una línea de una de las más ligeras comedias de Shakespeare (que hace referencia nada menos que al tiempo de un día de abril) aporta una nota extrañamente frívola para el tema que trata. Pero que no es irrelevante. Porque si bien *An Uncertain Glory* es una poderosa denuncia de las actuales perspectivas económicas del neoliberalismo indio, ¿hasta qué punto se mueve más allá de la visión política del *liberalismo* indio convencional? Ante el balance socioeconómico que el libro expone, cualquier lector tiene que concluir que está lejos de ser glorioso. Entonces, ¿dónde está la gloria?

La respuesta solo puede ser: en la estabilidad de la democracia india. Pero para que este argumento tuviera un peso proporcional, el libro tendría que haberlo tratado con una profundidad mucho mayor. Sin embargo, en tanto que asesores de los sucesivos Gobiernos indios, los autores se sienten visiblemente inhibidos a la hora de hablar en términos netamente políticos. El Partido del Congreso, el BJP, las fuerzas armadas, las grandes empresas, los movimientos comunistas, los partidos de casta, los tribunales y los votantes —es decir, el sistema político en su conjunto— quedan al margen del análisis. Cuatro páginas cautelosas pasan de puntillas a través de «brechas en la práctica democrática», como si estas fueran meras fallas aisladas en la democracia india en lugar de características estructurales de la misma. La vaguedad y abstracción de las recetas reformistas del libro derivan de sus evasivas ante cualquier mirada dura hacia el orden político indio.

Incluso en el núcleo más serio y solvente del libro, donde se halla su mejor momento, sin adornos ideológicos, hay una paradoja. Drèze y Sen muestran en cuántos aspectos las últimas dos décadas han sido testigo del estancamiento, cuando no del franco retroceso, del bienestar de los sectores más pobres de la población. Sin embargo, en su análisis, las causas de estos males tienden a localizarse bien en el interior de las instituciones estatales, bien en aspectos de la cultura general, pero nunca en la dinámica del propio mercado. Así, es curioso encontrar una vívida descripción del estancamiento de los salarios urbanos, sin que se establezca relación alguna con el aumento masivo del poder de los empleadores sobre su fuerza de trabajo; o largas descripciones de cómo los medios de comunicación se han convertido en portavoces de los ricos, pero solo la mención más fugaz de la privatización total de la televisión; una crónica del mediocre desempeño de los regímenes de bienestar rural, sin referencia al veto ejercido por las elites agrarias sobre ellos. En estos aspectos, *An Uncertain Glory* se aleja del tipo de economía política que una vez fue común en India, y que paulatinamente se ha visto sustituida por una tipología de economías institucionales o del bienestar. Cualesquiera que sean las virtudes de estas últimas, lo cierto es que tienden a ignorar las desigualdades de poder sistemáticas del mercado, desigualdades que los economistas de una época anterior rara vez perdieron de vista.

Ese alejamiento de una economía política más clásica conduce no solo al error en el análisis, sino a una estrategia para la reforma demasiado anémica para ser eficaz. Tal vez la mayor virtud de la antigua tradición era su insistencia en que la producción y la distribución están vinculadas sistemáticamente, y el mecanismo clave que las une son las luchas por el patrón de distribución. Así, los cambios en este último eran reflejo de cambios en el equilibrio de poder en la relación laboral, que a su vez estaban conectados, hacia atrás, con alteraciones estructurales de la economía y la demografía y, hacia delante, con las instituciones sociales sobre las que desplegaban

sus efectos. Según esta perspectiva, no sería realista contemplar reformas sin tener debidamente en cuenta las condiciones políticas y estructurales necesarias para hacerlas posibles. La estudiada manera en que Drèze y Sen eluden este enfoque, y las cuestiones que genera, arruina en gran medida las esperanzas puestas en los resultados distributivos que ellos avalan. Los lectores de su libro se beneficiarán enormemente de su descripción del paisaje social y económico de India. Los que busquen una explicación del mismo, y un camino hacia un futuro más equitativo, tendrán que mirar en otra parte.